

Respira. Expira. Respira. Expira ... susurro en mi interior. Meto un pie. Dejo escapar un gemido al sentir el agua fría sobre mi piel, como si estuviera en contacto con miles de cuchillos afilados invisibles, dejándome la impresión de tener los miembros entumecidos. Meto el otro pie. Intento mantenerme en equilibrio sobre el fondo resbaladizo de la fuente, al que el tiempo, dejó con vida propia. Pero... ¿qué es ese ruido que me persigue por todas partes, que parece estar dentro de mi y me nubla el pensamiento? Me asombro al constatar que son los latidos de mi propio corazón. Este parece latir con la misma velocidad al de un cohete atravesando las diferentes capas de la atmósfera para llegar a ver los destellos del universo.

Lentamente, en la oscuridad de la noche y en el corazón del invierno, me dejo deslizar en el agua helada, intentando ignorar la angustia y el pánico que siento aflorar en mi. Pánico y angustia que tengo que descartar si quiero llegar a mi meta.

Me dejo sumergir completamente, mi cabeza da mil vueltas, mi cuerpo ya no toca el fondo de la fuente.

Y nada.

El vacío.

Un suspiro y...

De repente, me siento ligero. Siento como si estuviera flotando en mi cama, debajo de las sábanas, enroscado dentro de muchas mantas de terciopelo. Me siento protegido en un calor agradable, como si estuviera en una bañera con agua ardiente. Escucho latidos. Otros latidos que van a un ritmo más veloz que los míos, produciendo una decadencia de sonidos. Los latidos tienen que pertenecer a otro cuerpo humano.

Escucho voces lejanas al exterior de este nido cómodo del que no me apetece salir. Esas voces me resultan vagamente familiares. Pero mi consciencia lucha por despertar en el cuerpo de un ser al que su consciencia no se ha desarrollado aún, impidiendo que entienda lo que está pasando. Y de repente la escucho. Esa voz, tan familiar que me ha acompañado durante estos nueve meses. La escucho, voz suave y alegre, pero también la siento. La siento dentro de todo mi ser, como si pudiera tomar forma y consistencia el sonido.

De repente todo se acelera. Me siento expulsado bruscamente hacia el frío exterior, sin ningún amparo, cegado por la falta de oscuridad. Pero, aunque tenga los ojos cerrados, puedo verlos. A mi padre inclinado sobre mi madre y sobre mi, con una barba de tres días, el aroma del café en su aliento y unas ojeras que indican que se ha tirado todo un día sin dormir. A mi madre, cuyos suspiros de exaltación y de alivio me ventilan la cara. Quiero decirles algo pero el único sonido que logra atravesar mis labios es un llanto que me ofrece el aire fresco y puro, que por primera vez, parece atravesar mis pulmones.

Una inspiración.

Un nacimiento.

Mi nacimiento.

Estoy en mi habitación, desplomado encima de la cama, llorando entre peluches y juguetes. Mi peluche favorito es "señor pie", un pulpo que lleva conmigo desde que aprendí a hablar y del que no me separo ni para ir al baño. Se llama "señor pie" porque siempre mete la pata por todas partes. En los espaguetis, en una caca de perro cuando se viene a pasear conmigo por la calle, en el pelo de una mujer que no quería soltar... mi madre siempre intenta convencerme de lavarlo(si es que no me lo suplica), ¡pero yo no quiero! Me gusta

como huele "señor pie". Huele a hogar. A un dulce hogar que me quita cualquier tormento al inhalar su olor. Papa entra en la habitación y se sienta en el borde de mi cama.

- Quiero a mamá digo entre sollozos. Siento una mano acariciándome suavemente el pelo, pero demasiado frustrado, me debato furiosamente.
- Yoru... mamá se ha ido... de viaje dice papá con una voz quebrada. Asomo mi cabeza de entre los peluches para mirarle fijamente.
- ¿Pero cuando volverá? digo de una voz débil.
- Dentro de mucho tiempo dice papá, y desde entonces supe, que mi madre, nunca volvería.

Ahora me encuentro en el jardín con mis amigos, dónde celebro mi quinceavo cumpleaños. El sol golpea fuerte sobre nuestras cabezas, aunque hay una pequeña brisa fresca que nos seca el sudor de la frente en este día caluroso de mayo. Los manteles que hemos colocado en el suelo para hacer un pic-nic, están llenos de platos vacíos que antes rebosaban con costillas de miel, cupcakes de chocolate y patatas fritas.

Me chupo los dedos y saboreo con delicia los rastros del enorme banquete.

Maeve, Jorge, Alicia y Max se encuentran tendidos sobre la hierba como morsas, contemplando el infinito cielo azul celeste.

- ¿Jugamos a algo? pregunta Alicia al incorporarse. Propongo hacer un scrabble.
- Un scrabble nooo! dice Maeve poniendo los ojos en blanco. ¿Cuántas veces jugamos el verano pasado a ese estúpido juego? Proponed algo más divertido.
- ¡Pero si la que no paraba de insistir para jugar eras tú ! Estabas viciadísima.. Maeve le saca la lengua y se ponen a reír de su propio infantilismo.
- ¿Y si jugamos a verdad o reto? dice Jorge mirando fijamente a Maeve. Desde hace un año es evidente que le gusta, pero nadie parece haberse percatado excepto yo.
- ¡Si! ¡Buena idea! dice Maeve, y esta vez le toca a Alicia poner los ojos en blanco.
- ¡Si ya lo sabemos todo el uno sobre el otro! dice en un intento para cambiar de juego.
- Va, no seas aguafiestas le dice Max tirándole un trozo de hierba a la cara. Me

quedo un momento ensimismado en el movimiento delicado que realizan sus manos al arrancar la hierba. Se levanta de un tirón y se estira como un felino después de su siesta, desvelando una bonita tableta bronceada por las horas pasadas haciendo surf.

- Venga, empecemos dice este, desvelando unos dientes blancos y perfectamente alineados. Nos colocamos todos en un círculo y empezamos.
- Emm, a ver... dice Jorge quien obviamente está decepcionado de que no le haya tocado Maeve. ¿Cuál es tu color favorito?
- ¿Enserio? dice Alicia suspirando ruidosamente.
- Vale, vale, dice Jorge pensativo. Tengo otra, dice al cabo de unos segundos. De repente se pone rojo y con una risa nerviosa suelta: Te atrevo a besar a Max.

Nos quedamos todos mirándole atónitos, hasta que Maeve suelta una carcajada.

- ¿Alicia besar a Max? ¡Venga ya! Si se cambiaron los pañales juntos cuando no sabían ni hablar. No vas enserio¿ no?

- Pues si tenéis algo mejor que proponer... murmura Jorge que se siente estúpido de haber dejado hablar a sus hormonas. Pero de repente, algo inesperado pasa. Alicia se levanta de golpe mirando fijamente a Max. - Lo voy a hacer dice ésta seriamente.
- ¿Cómo?; No puedes hacer eso! Lo suelto sin pensar, no porque la vea incapaz de hacer tal cosa, pero porque la simple idea de que Alicia bese a Max, me da la sensación de recibir un golpe en el estómago. Nadie parece percatarse de mi tormento, y Alicia avanza hacia un Max bastante sorprendido. Se agacha y le planta un beso en toda la boca. Me quedo paralizado cuando Max no parece querer liberarse del beso que se convierte en un morreo. Maeve y Jorge se ponen a aplaudir y a gritar como locos, y cuando Alicia se separa de Max, están los dos rojos como tomates. Intento disimular las lágrimas que amenazan salir y me esfuerzo en sonreír.
- Tengo que ir al baño digo y me alejo antes de que nadie pueda decirme nada.

Quando

entro en casa no hay nadie. Papá probablemente se habrá ido a otro bar, para ligar con otra mujer y volverá llorando al sentirse mal de no poder liberarse de la imagen de mamá al besar a otra mujer. Mi madre murió de cáncer cuando tenía seis años. Papá al principio me decía que se fue de viaje, probablemente porque no podía confrontar él mismo la realidad. Pero al final me di cuenta de que el viaje se estaba alargando demasiado y de que tenía que haber alguna explicación de por qué al volver del colegio estaba él en el sofá, llorando sin poder ayudar a su hijo que acababa de ser perseguido desde el colegio hasta casa con amenazas e insultos.

Siempre tuve que ser fuerte para mi padre. Pero a medida que el tiempo pasa, se acercará el momento donde no podré cuidar más de él y dónde tendrá que apañárselas solo.

Entro en el baño y me observo detenidamente en el espejo. Mi piel negra como el café que tanto he aprendido a odiar por todas las miradas que me atraían. Mi pelo seco y encrespado que me recuerda al de un payaso. O más bien, similitud que me inculcaron esos niños blancos que no tenían ningún problema en sus vidas, con sus móviles y zapatos de tendencia. Ser negro me atraía muchos problemas. Me paraban en la calle los policías para registrarme los bolsillos y ver si tenía alguna droga escondida cuando no lo hacían con ningún blanco que pasaba. Las madres alejan sus hijos de mí en cualquier sitio público. Todo porque tenía la piel más oscura. Tratado como una mierda. Insultado como si no fuera nada más que un chicle pegado en la suela de un zapato.

Y ahora esto... Max y yo desde siempre nos hemos llevado bien. Pero nos hemos llevado aún mejor cuando entramos en la adolescencia.

Todo empezó con esas caricias sutiles en la mano.

Esas miradas cómplices.

Frases entre líneas.

Y todo fue progresando.

Nos fuimos acercando cada vez más.

Con una rapidez vertiginosa.

Esas caricias se transformaron en besos apasionados.

Las frases en poesía y declaraciones..

Lo mantuvimos en secreto hasta ahora porque los dos teníamos miedo. Yo miedo de que la sociedad me repudiara aún más y el miedo de la mirada de los demás. ¿Pero qué dirían sus amigos? ¿Se burlarían de ellos? Y sobretodo, tenía miedo de lo que diría su padre. Max vivía en una familia tradicional. La mujer limpia la casa y cuida de los niños. El hombre

trabaja para ganar dinero y después se sienta en el sofá a ver la tele mientras que su mujer le hace un masaje porque debe de estar agotado. ¡¿ Un hombre con otro hombre?! Una aberración de la naturaleza, bichos raros, asquerosos.

Entiendo el miedo que debe sufrir Max día a día con un padre así, el esfuerzo que debe suponer ocultar a su madre que su marido le pone los cuernos con la camarera del bar de al lado. ¿ Pero por qué le devuelve el beso a Alicia? ¿Acaso he malinterpretado todos los “ te quiero” susurrados, todos los besos? Respiro profundamente pero me he quedado sin aire. Siento las lágrimas acariciar mis mejillas. Me cojo la cabeza entre mis manos y me dejo deslizar contra la bañera.

- ¿Yoru? Llevas metido ahí desde hace quince minutos. ¿Te ha tragado el váter? escucho decir a Max al otro lado de la puerta. Intento interpretar su tono de voz. ¿Se habrá arrepentido? ¿ O se ha olvidado de todo lo que me dijo, de todos los planes que nos guardaba juntos el futuro? Me seco las lágrimas y abro la puerta. Max está apoyando contra el marco de la puerta. Levanta sus ojos azules penetrantes hacia mi y me dirige una tímida sonrisa. Por un momento me había hecho olvidar lo que acababa de pasar. Pero no, no iba a dejar que se salga con la suya esta vez. Salgo en silencio sin dirigirle ni una palabra, hacia la puerta principal de la casa. Max me sigue al exterior. La luz ahora es menos intensa, las nubes tienen un color anaranjado, marcando el atardecer. Pone su mano sobre mi hombro.

- Ey... ¿qué te pasa ? Me doy la vuelta y le miro perplejo. ¿ Entonces pretende hacer como si no hubiera pasado nada?
- Sabes exactamente lo que me pasa, le digo secamente. Max clava la mirada al suelo y sus mejillas se enrojecen.
- Yo... no... no puedes estar enfadado por eso. No soy tu ... baja el tono de voz, no soy tu novio, ¿ vale? Me quedo sin palabras. Y la tristeza que sentía antes se evapora para dejar subir la cólera.
- No, no eres mi novio. Y de hecho, que soy para ti, ¿eh ? Me vas a seguir tratando como una mierda ?
- Max, baja el tono de voz, se da la vuelta para mirar a su alrededor. Nos podría escuchar alguien. Y esa es la gota que colma el vaso.
- ¡No! Estoy harto de eso! digo gritando. Otra vez pretendes que me calle, que finja que no está pasando nada. Pero estoy cansado, me ¿oyes? ¡ Estoy cansado de tener que esconder quien soy solo porque no tienes los huevos como para plantarle cara a tu padre! Esto le hizo el efecto de una patada en el estómago. Max me mira dolido con sus ojos muy abiertos, como si tratara de descifrarme. Pero ya no puedo aguantar más. Tengo que acabar lo que he empezado.
- En las fiestas te dejo tontear con cualquier chica, como para mantener la apariencia de que eres “normal”, pero sólo te estás engañando a ti mismo. Y después vienes y me besas. Me confundes Max. Te tienes que aclarar de una puñetera vez. Doy un paso hacia delante, pero al percibir mi intención, da un paso hacia atrás.
- ¡No todos podemos ser como tú! Si quieres que mi padre me mate, adelante, vamos. Digámosle a todo el mundo lo que somos en realidad : ¡Unos putos retrasados mentales que tienen que ir al manicomio!
- ¿Pero te estás escuchando hablar? Mi pulso se acelera y siento mis ojos que pican. Ahora no, pienso en mi interior. No es el momento para llorar.

- Joder Yoru, ¿por qué lo tienes que hacer todo tan complicado? Esto no va acabar como en tus películas. ¡Despierta de una vez! ¿No ves que no podemos estar juntos?

Doy un paso hacia atrás. Tengo un pie encima de la acera y otro sobre la carretera.

- Podríamos hacerlo funcionar susurro. Yo también estoy acojonado ¿vale? pero no quiero seguir escondiéndome, no quiero pretender ser una persona que no soy. Mi voz se quiebra. Yo te quiero Max... te quiero. Mis lágrimas me tapan la vista pero ya no puedo más. Tengo que irme antes de que empiece a llorar porque siento que no voy a poder parar. Escucho la voz de Maeve a lo lejos. Pero estoy de repente tan cansado, como si tuviera todo el peso del mundo encima de mis hombros. Me doy la vuelta. Necesito irme de aquí.

Y de repente, un grito.

Me giro pero demasiado tarde.

Apenas tengo el tiempo de gritar que siento una fuerza metálica llevarme por delante.

Rodo en el suelo y ya no escucho nada más que los latidos de mi corazón que se van ralentizando.

Siento mi cabeza golpear el suelo y...

Nada.

El vacío.

Yoru... Escucho una voz susurrando mi nombre. Me levanto pero no veo a nadie. Estoy en el jardín trasero de mi casa. Todo parece reinar en una extraña calma. Una calma un poco inquietante. ¿Dónde estoy?

Veo a una figura moverse a lo lejos. Mis piernas, como atraídas por un imán, empiezan a andar hacia ella. Pero cada vez que me voy acercando la distingo menos. Aunque la voz, ella va subiendo de volumen.

Yoru

Yoru

¡Yoru!

¡No para de llamarme! Pero cuando me acerco cada vez se va alejando un poco más y un poco más. Hasta atravesar un parque, hasta llegar enfrente de una fuente.

- ¿Mamá? La palabra apenas pronunciada, me doy cuenta de su absurdidad. Pero la certidumbre de que es ella, cada vez se va afirmando sin saber por qué.
- Yoru susurra de nuevo la voz. Métete en la fuente. Pero todo esto es ridículo, ¿por qué me metería en la fuente? Aunque no me apetezca mi cuerpo obedece a aquella voz extrañamente familiar. Meto un pie. Me quedo paralizado del frío. Sin embargo meto el otro pie.
- Respira me susurra la voz y expira. Hago lo que me pide sin dudarlo y me sumerjo por completo en el agua helada. Ni siquiera me pregunto por qué puedo respirar bajo el agua. Nada tiene sentido.
- No es tu hora me susurra de nuevo la voz. Abro los ojos en el agua y veo a través de ella como si estuviera mirando a través de un fino cristal. Y ahí la veo. A mi madre. Tan sonriente como siempre había sido antes. Su melena roja y rebelde le llega hasta por debajo del pecho. Su piel tan blanca comparada con la mía brilla del mismo resplandor que la luna. Los mismos ojos verdes que tengo yo me miran con ternura. Estoy llorando. Aunque sería imposible. Estoy bajo agua. Me intento

incorporar para verla mejor pero me retiene. No, dice con la cabeza. No es tu hora, vuelve a susurrar.

Abro los ojos lentamente. Las luces el hospital me dejan ciego. Me tapo los ojos con las manos y escucho a alguien agitarse al lado mía. Mi padre, que parece no haber dormido para un siglo me mira como si hubiera asistido a un milagro.

-Hijo susurra, y sin prevenir me abraza con tanta fuerza que me deja sin respiración. Y se echa a llorar. Y de repente, yo también me echo a llorar.

- La he visto le digo a papá. La he visto en la fuente de los caños.

Octavio Fbr Neurturck